



PENSAMIENTO ESTRATÉGICO O IMPROVISACIÓN. HE AQUÍ LA CUESTIÓN

Marcelo Ramón Lascano

Mayo de 2008

Las recurrentes dificultades que nublan el porvenir no son ajenas a la fuerte tendencia a improvisar que domina el escenario nacional. Como se trata de un fenómeno de raíz cultural, ningún sector escapa a sus consecuencias y las crisis y desencuentros que pueblan nuestra experiencia, terminan abortando posibilidades reales, no imaginarias, de progreso social y de ascenso internacional. Como el tema es complejo, permítaseme observar a Chile y a Brasil, para descubrir coherencia e interesantes resultados en el mismo mundo donde la Argentina sorprende por sus contratiempos.

Con independencia de sujeciones ideológicas inmodificables y con fina percepción de la realidad, cada uno de esos países consiguió encontrar un lugar en el mundo a partir de un enfoque estratégico que, con realismo, identificara las posibilidades a explotar con más provecho. Uruguay y Perú parecen inclinarse por caminos sino parecidos, pero sí convenientemente ajustados a sus intereses y necesidades, según un mundo que ofrece amplias oportunidades sin capitular franjas de soberanía.

Aunque nos detendremos en Brasil, cuyos logros son impresionantes, vale la pena recordar que Chile también ajustó su cometido estructural sin apartarse de lo que supuso ser un camino escogido con habilidad diplomática y pericia técnica. Esto le permitió eludir las intransitables opciones que impiden hacer progresos dinámicos, precisamente porque las ideas básicas han respondido a un recto juicio crítico no meramente ideológico.

Brevemente, Chile apuró su accionar en tres direcciones fundamentales.

- Primero absoluta independencia para comerciar con el resto del mundo sin atarse a rigideces que no convenían a sus intereses de largo plazo. Resultado, distancia con un MERCOSUR que el ex ministro de Economía de Brasil Mailson da Nobrega sostiene que no va más y acuerdos con unos sesenta países escrupulosamente examinados, entre ellos con los EEUU.
- Segundo, afirmar su presencia casi hegemónica en toda el área Pacífico, potenciando exportaciones que superan a las nuestras y consolidando la solvencia externa trasandina.
- Tercero, preservando a raja tabla el monopolio estatal del cobre. Este le rinde ingentes beneficios que no sólo robustecen al Tesoro, sino que le permiten financiar un equipamiento militar que por sí mismo es fuertemente disuasivo.

En el caso de Brasil, que he tratado infructuosamente en múltiples ocasiones, parece que ni siquiera ahora causa interés, o cuanto más, el mismo se limita a comentar el reconocimiento del famoso grado de inversión o el hallazgo de petróleo, cuando esos éxitos son el resultado de

una gigantesca concepción estratégica que, si como motor nacional es histórica, es decir, desde los tiempos fundacionales, la versión más actual se remonta a poco más de una década y comprende a los gobiernos de Cardozo y de Lula da Silva, cuyos intereses intelectuales personales se han cruzado en muchas ocasiones, pero han sabido ceder frente al desafío de convertir al país en gran potencia. Como decía Frederic Bastiat debemos distinguir *“lo que se ve de lo que no se ve”*.

El grado de inversión es la frutilla que corona el helado, pero responde a cosas muy concretas que son las que deberían llamar la atención para salir de las anécdotas. Por ejemplo:

- un accionar estratégico y diplomático eficiente;
- predictibilidad política y continuidad de las políticas públicas;
- el afianzamiento del estado de derecho y la seguridad jurídica;
- la calidad de las instituciones políticas y de su desempeño;
- la administración de las políticas macroeconómicas y sus efectos sobre precios y tasas de cambio como reaseguros para contratar y encarar nuevos negocios;
- reglas con respecto al capital extranjero y a las políticas comerciales del país, además de otras definiciones de no menor importancia como apuntalar la ciencia y la tecnología.

Entonces, Brasil llega al bienvenido grado de inversión, no sin antes haber conquistado un espacio mundial que es el que verdaderamente lleva al país a tan importante reconocimiento. Para ser claros. Es como en la guerra. Las condecoraciones y los ascensos vienen después y no antes de haber librado exitosamente las batallas. De aquí en adelante, más capitales confiarán en el país y probablemente los fondos disponibles moderarán sus apetitos de rentabilidad. Así el porvenir luce mejor, aunque las acechanzas, rivalidades e imponderables no lleguen a desaparecer definitivamente, como suele suceder en los ámbitos reservados a los grandes. Pero ello es otra cosa.

Por supuesto, Brasil tiene dificultades, pero apelando al método contra fáctico que la economía adoptó de la filosofía, pensemos un instante que sucedería si los indicadores hubieran observado un desempeño más modesto, es decir, por ejemplo, un crecimiento anual promedio inferior al 4 ó 5% efectivamente registrado. Es conjetural cualquier respuesta, pero probablemente un ascenso más lento no hubiera trabado ni deslucido el itinerario que desde hace tiempo viene trabajosamente recorrido.

Las multinacionales Embraer y Petrobrás, por no mencionar sino insignias, quizá hubieran demorado algunos resultados, empero es difícil pensar que hubieran perdido, por ejemplo la última, las posiciones alcanzadas en una treintena de países en el mundo. El posicionamiento para aspirar a ser miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas tampoco se hubiera visto malogrado, como la membresía en el BRIC, junto con la India, China y Rusia, sin olvidar los puentes con Sud África y una abrumadora influencia en América Latina, sobre todo en Bolivia, Uruguay, Paraguay y Perú y poder de arbitraje en Venezuela.

Sucede que Brasil no se encandiló con el atractivo que ejercen los grandes números, sino con hechos trascendentes, como los que refrendan algunos aspectos medibles y no medibles de su accionar político, económico y comercial. Prevaleció la perseverancia y si se quiere la paciencia, propia del accionar diplomático profesional, sin sumisiones condicionantes. Por ejemplo, afrontó en pocos meses entredichos con España por trato indebido a turistas en Madrid, mediando represalias equivalentes; con Alemania por un tema automotriz que fastidió a clientes y con los EEUU por el ALCA, que no se condice con su estrategia nacional.

Las actitudes firmes no impiden un acercamiento a la OPEP, en virtud de una eventual posición dominante en el negocio petrolero. Tampoco empaña el rol de socio estratégico que le reconoció la administración Bush recientemente. El presidente de Francia Nicolás Sarkozy

parece que también disputa ganar posiciones con nuestro vecino, pues en concierto seguramente con los EEUU abogó, juntos pero separado, con el candidato republicano McCain, para que Brasil ingrese en el G-Seven, lo cual configura una estatura internacional verdaderamente privilegiada.

En alguna futura columna nos explayaremos más sobre el valor que debe adjudicarse a un pensamiento estratégico bien elaborado. La tarea, por cierto, me excede pues no esta limitada a concretar deseos. En efecto, demanda al menos tres exigencias extremadamente ambiciosas, resultando muy limitada su mención aquí, aunque no por ello parezca inútil, habida cuenta que sirve para pensar distinto, esto saliendo de las frivolidades, conjeturas y lugares comunes que invaden cotidianamente nuestra inteligencia.

- En primer lugar, se requiere un riguroso conocimiento de la historia nacional, observada en el conjunto de relaciones con el resto del mundo. Algo así como una historia nacional fuertemente acompañada de enfoques externos.
- Segundo, una evaluación que contemple nuestros recursos humanos, económicos, financieros y tecnológicos, a fin de determinar con la mayor precisión cómo alcanzar altas tasas de desarrollo y reales posibilidades de inserción en la economía internacional, sin condicionamientos inconvenientes ni alianzas oportunistas.
- Tercero, hace falta establecer prioridades en lo concerniente a que proyectos encarar primero y sucesivamente, de modo de extraer tasas óptimas -no máximas- de beneficios, esto es sin arriesgar el funcionamiento estable del sistema político y económico.

De estas preocupaciones ha estado cargada la experiencia de países que han sabido doblegar la mediocridad, con recursos y sin recursos, lo cual en la actualidad parece ser lo de menos.